

El Escritor y su Misión Social

En días en que la existencia y justificación misma del escritor están en discusión y se escriben libros y libros sobre el "compromiso", es útil examinar por qué y para qué hay en las sociedades esos seres que escriben y explican problemas, trazan conflictos novelescos o teatrales y, en fin, hacen cantar a la palabra en la sonoridad musical del poema.

El PEN Club de Buenos Aires reunió meses atrás a un grupo escogido de escritores de diversas partes del mundo, entre los cuales estaban Jean Cassou, Graham Greene, Ignazio Silone y Wladimir Weidlé, quienes analizaron la misión actual del escritor.

En las exposiciones de los dos novelistas, Greene y Silone, y de los dos ensayistas, Cassou y Weidlé, se hizo presente la gran interrogación que merodea en torno a los que escriben: si se deben a la sociedad y en qué términos se hallan obligados a servirla.

De más está decir que los cuatro intelectuales coincidieron en la adscripción del escritor y el artista al servicio de la sociedad. No cabe disociar al que escribe del hombre que dentro de él escribe y, por tanto, tampoco es posible excluirlo y ponerlo al margen de la comunidad nacional o internacional en que se encuentra sumergido y enterañado. No hay Robinsones literarios, salvo como personajes fictivos, pero aun así existen rodeados de la sociedad en la que nacieron y se forjaron, y cuya herencia llevan consigo aun a los más recónditos e inalcanzables lugares del planeta.

Las meditaciones de los intelectuales señaladas coinciden en algo fundamental. El escritor está en la sociedad y tiene deberes para con ella, pero esos deberes significan un compromiso al reyés, es decir, no una adhesión rotunda y absoluta a las formas que ésta inviste en el instante histórico respectivo, sino la actitud vigilante y disidente del que mira lo que acontece en torno suyo con la mirada fina, alerta e insobornable del que juzga y critica.

Para Graham Greene escribir supone militar dentro de la libertad. Por tanto, la identificación con grupos más o menos regimentados, la lealtad cerrada a lo que el Estado, los núcleos políticos o de otro orden, realizan, implica el abandono de la esencia de la tarea escritural. La misión del pensador, novelista o poeta es decir la verdad, y verdad y lealtad a los grupos organizados, a las fijaciones mecánicas de modos de pensar y de ser, implican una antinomia. El escritor tiene el deber de ser considerado como inseguro y desleal frente a todas estas falsificaciones y, por tanto, está obligado a mantenerse libre para poder señalar dónde reside la verdad y cómo llegar a ella. De allí que, como él también asevera, "honorés, protección

estatal, éxito, alabanzas del prójimo, todo tienda a minar la virtud de la deslealtad". El escritor, por lo mismo que vive alerta y reexamina a diario todas las cuestiones y problemas con una mirada libre, necesita mantener despiertos a quienes lo leen y advertirles del peligro de los fáciles y cómodos conformismos.

Por esto Graham Greene propugna que el escritor sea, especialmente, "como un guijarro en la máquina del Estado". Porque el mayor peligro es la absorción individual por el Estado y "el escritor es el campeón del individuo", esto es, de la persona libre, dueña de sus destinos y apta para mirarlo cara a cara y resolverlo con toda la autonomía y el coraje que pueda encender en su corazón.

Silone continúa esta misma línea y señala que, cualesquiera que sean las opiniones políticas de un escritor, "queda fuera de duda que, por su función, pertenece al hombre y a la sociedad y no al Estado". "Un hombre honesto, afirma, no puede ceder al Estado el derecho de decidir si Dios existe, si el alma es inmortal, si una teoría cualquiera es exacta, cuál es la pintura que debe preferir, los libros que debe leer o la música que debe escuchar". Esto es privativo de cada ser humano que, por superior al Estado y porque lo sobrevivirá, posee derechos anteriores y prevalentes sobre los de éste.

Cuestión Pedestre

Muchos juzgaran que es exótica la disposición de la Casa Blanca por la cual el Jefe de Informaciones, señor Pierre Salinger, debe caminar ochenta kilómetros por día.

Faltan algunos datos para juzgar la medida. En primer término, ella se impartió por el ex Presidente Roosevelt a los infantes de marina, cuya misión militar reside en recorrer distancias a pie. Luego hay que tener en cuenta que la orden ha sido mal interpretada, ya que es imposible que una persona recorra diariamente 80 kilómetros, aunque sea para visitar museos.

Puede que en todo esto sólo exista un propósito de salud pública del Presidente Kennedy, consistente en obligar a los funcionarios a permanecer algo alejados de sus cargos. En el caso del señor Salinger podría explicarse la medida como forma de disminuir la presión periodística sobre el mandatario.

De todos modos, si la orden se cumple al pie de la letra resultará en bien del físico del dinámico jefe de informaciones, que lleva sobre sí un buen número de kilos en exceso.

Jr.

Ahora bien, el escritor no puede reivindicar libertad para él solo como casta privilegiada, ya que es inconcebible una cultura libre en una sociedad servil, lo mismo que resulta absurda una actividad literaria o musical sin destinatarios y condenada a extinguirse en el vacío. Todo esto transforma el "compromiso" político, que muchos escritores consideran hoy imposición primordial de nuestro tiempo en un "compromiso" moral, de lealtad a la verdad y, por lo mismo, de deslealtad a todo lo que pueda momificar y falsear la verdad. De donde Silone concluye, rubricando con sus palabras lo que ha hecho con sus actos, que si el escritor "no representa al hombre y a su porvenir de libertad, si no mantiene a toda costa el principio de la primacía de la criatura humana y de las relaciones sociales espontáneas, si no rechaza el atiborramiento mental y defiende el derecho a la verdad", faltará a su misión específica. Y esta misión es insustituible a favor de los más humildes y más fácilmente expuestos al engaño, porque si el artista abdica de sus deberes, tarde o temprano es todo el cuerpo social el que sufre por falta de quien cuide de sus intereses.

Las referencias de Weidlé al valor de la palabra y al depósito de verdades y de esencias humanas, yacentes en el lenguaje, completan lo dicho por Greene y Silone. En el lenguaje se hallan albergadas, como en su más recóndito y comunicable refugio, las experiencias del hombre ante el mundo y la realidad. La vida no puede hacerse llegar a los demás, encendiéndola en iluminaciones y estímulos, si la palabra se corrompe y desnaturaliza. Debe usarse, por tanto, con libertad y para expresar ideas, pensamientos y emociones auténticas, y corresponde al escritor defenderla del descrédito y la destrucción con que la amenazan sus utilizaciones totalitarias, sus fraudes intelectuales y éticos.

Esta tarea misional y vigia que explica y justifica la existencia del escritor, supone un requisito substantivo. El que escribe exige una sociedad libre en la cual realizar libremente su tarea y también una autonomía interna propia, que le permita decir la verdad y mostrarla a los ojos de los demás, ardiente de transparencia o trémula de belleza.

Compromiso del escritor, adscripción al servicio de la comunidad nacional e internacional, he ahí sus máximos deberes. Pero estos implican evadirse resultadamente de todas las ligaduras con que los intereses y, entre ellos sobre todo los políticos y totalitarios, tratan de hacer del escritor un instrumento y no un hombre que se dirige honrada y limpiamente a todos los demás hombres.

F. D. V.